

Del estatuto a la independencia

Santos Juliá, El País, 16 de septiembre de 2012

Treinta y cinco años han transcurrido desde la histórica Diada de 11 de septiembre de 1977, la del millón de personas (quizá un cuarto menos) que aquel día salieron a la calle en clamorosa exigencia de Llibertats, Amnistia, Estatut d'Autonomía, como rezaba la convocatoria oficial; de *autodeterminació*, de *independenzia*, como se podía leer en otras pancartas. Una impresionante multitud, enarbolando la bandera cuatribarrada, pero también infinidad de banderas rojas del PSUC, del PSC, y sindicales, de Comisiones, de UGT, y alguna de Andalucía, del País Vasco. Al frente, dirigentes de diversas fuerzas de la oposición política y sindical.

Eran algo más de uno por cada cinco catalanes los que salieron a la calle. Han pasado 35 años, los 5,5 millones de entonces son ahora 7,5, dos millones más. Los que han salido a la calle habrán sobrepasado el millón (quizá también un cuarto menos de lo que dicen). Lo que ha cambiado de verdad no es el número, impresionante en las dos ocasiones; son las consignas, las pancartas, las banderas: *llibertat* de entonces es *freedom* ahora; de la amnistía mejor olvidarse; estatuto es independencia; las banderas cuatribarradas se pierden entre las *esteladas* y las rojas han desaparecido: de estas no queda ni una. Y en la cabecera, nadie de la oposición, todos del poder o de sus aledaños.

¿Qué ha pasado? Como estamos en tiempos de arbitrios, no faltan quienes buscan la razón de este cambio en algo mal hecho hace 35 años, como respuesta a la demanda catalana. Es el mito del reparto del café como origen de los males del Estado español, una y otra vez repetido, sin caer en la cuenta de que Consell y Assemblea de Catalunya y Coordinación Democrática se comprometieron el 26 de mayo de 1976 —en un nuevo Pacto de San Sebastián, aunque por escrito— “a apoyar para las restantes nacionalidades y regiones del Estado español el derecho al reconocimiento de su personalidad y de los correspondientes derechos políticos”. O sea, que la generalización de las autonomías fue un acuerdo firmado por toda la oposición dos años y medio antes de promulgarse la Constitución.

Mejor, pues, buscar la explicación en otra parte. Una pista la da el color que

domina la manifestación: no hay banderas rojas, el PSUC ha desaparecido y el PSC anda como el artista bajo la carpa, perplejo. Con ellos, desaparece de la calle una parte sustancial del pacto de 1976 y la fórmula que sostenía el acuerdo entre catalanes y de Cataluña con el Estado: la Constitución que, con los estatutos, recogió aquellos acuerdos. Hoy nadie da un duro por los estatutos y mentar al Estado de las autonomías como un logro suscita cachondeo. Lo peor es que con el desastroso resultado de la última reforma estatutaria se perdió la oportunidad de lo que en verdad importaba: la reforma constitucional en dirección federal, anunciada en 2004.

Un pacto fiscal, demanda ahora el presidente de la Generalitat, y si no, *freedom*, que es como llama a la independencia cuando se dirige a Europa desde la esclavitud española. ¿Un pacto fiscal? ¿Y por qué no? Aunque con una condición: que el pacto incluya responsabilidad recaudatoria. Lo que la experiencia de los últimos años nos ha enseñado es que nula responsabilidad en ingresos y toda (o casi) autonomía en gasto no es, por decirlo suavemente, la mejor de las fórmulas posibles. Y como en cuestiones de gasto funcionamos ya como un Estado federal, ¿por qué no también en cuestiones de ingresos? Que la Generalitat catalana recaude, como tendría que haber recaudado el Gobierno vasco, una parte sustancial de los impuestos que hoy ingresa el Estado: habríamos desembocado en un Estado federal por el tortuoso camino del Estado autonómico.

Y si esto no es posible, habrá que ir pensando en plantear de verdad, no solo en la calle, sino en los programas de los partidos, la cuestión del referéndum por la independencia. En tal caso, quizá convenga, para restar un gramo de dramatismo al asunto, esperar un poco, tres, cuatro años, hasta que la gran medicina que catalanes y madrileños han decidido administrarse para salir de la crisis deje sentir sus efectos. Porque no más lleguen los miles de millones destinados a construir grandes casinos, grandes hoteles, grandes superficies de ocio a un tiro de piedra de Madrid y Barcelona, se aclararán las mentes, se rebajará el cabreo y todos saludaremos la independencia de Cataluña o, en su caso, su permanencia en un Estado federal, con mejor humor y más claro entendimiento.

Entusiasmados por el poder

Santos Juliá, El país, 30 de septiembre de 2012

Que las cosas han cambiado mucho en Cataluña desde los años en que intelectuales catalanes y castellanos organizaban coloquios sobre la forma de Estado que habría de construirse cuando el “después de Franco ¿qué?” se transformara de pregunta en acción, es algo que no admite duda tras la acogida dispensada al presidente de la Generalitat al regreso de su visita a La Moncloa. Los rostros de intelectuales en semicírculo en torno al líder, a la distancia exacta para transmitirle la emoción del momento, su pleno asentimiento, su entrega, y a la vez su apoyo, su disponibilidad para lo que de ellos se precisara, indica bien que del intelectual crítico del poder hemos vuelto al intelectual entusiasmado por el poder.

Una vuelta porque, después de la derrota de los fascismos y del derrumbe de los comunismos, los intelectuales que habían alimentado de entusiasmo las religiones políticas en los años treinta se convirtieron en seres más bien escépticos y descreídos en los noventa. La traición de los *clercs*, de la que habló Julian Benda en su denuncia de los intelectuales entregados a las pasiones nacionalistas, se mudó en el desencanto de los *clercs*, marginados del poder. Escépticos, irónicos, meros observadores, tábanos modernos como los definió Teodorov, parecía que los intelectuales habían hecho mutis a fin de siglo.

Pero aquí están de nuevo, con el entusiasmo a flor de piel, experimentando otra vez, y a edad más que madura, con la piel curtida de derrotas y retiradas, la embriagadora sensación de comienzo, otra vez el resurgimiento, la partida, el Aufbruch, los *lendemains qui chantent*, otra vez a punto de atravesar el umbral de un nuevo mundo, como si toda la historia estuviera aún por escribir, como si todo el sentido de los siglos pasados se concentrara en este promontorio desde el que se divisa una nueva Jerusalén. Como si, en efecto, estuviéramos en vísperas de la revolución soñada de jóvenes, mil veces pospuesta —no se daban las condiciones objetivas—, luego abandonada y hoy resurgida de sus cenizas.

Resurgida, sí, pero con otro nombre. Jamás las generaciones de intelectuales que arrojan ahora al presidente de la Generalitat o aplauden sus

iniciativas pensaron que su revolución tuviera algún día el nombre de nación. Hoy lo ha recuperado: la revolución se llama nación. Para ser creíble no hay más que sentirla. Sentir la explotación a la que ha sido sometida por ese Otro que es España, expoliadora de la nación catalana. El pueblo ha salido a la calle y no faltan intelectuales que recurran al viejo ardid de todos los populismos: señalar al Otro como responsable de todos los males que nos afligen, de todo lo que nos va mal, inventando, como acaba de recordar Michael Ignatieff, burdas ficciones históricas y absurdas caricaturas del enemigo, directamente relacionadas con la conciencia de que realmente todo es mentira.

La velocidad con la que se ha extendido esta nueva mentira de la nación expoliada en un tiempo de larga y profunda crisis económica, de rampante desafección hacia la política y los políticos, de grave reducción del Estado de bienestar, con un imparable crecimiento del paro, con la amenaza de los ERE y sus miserables despidos, es buena prueba de que la bandera nacional mantiene toda su capacidad de entusiasmo. Tanto más cuanto quienes la levantan no son descamisados que no tienen nada que perder excepto la vida, sino dirigentes políticos que se sientan en instituciones del Estado, que ostentan y administran poder, y que comparten la responsabilidad de esos males para los que buscan un chivo expiatorio en la figura del Otro, con quien también comparten el poder.

Porque una cosa es clara: esta especie de revolución no se dirige contra el poder, sino desde el poder. Su propósito no es subvertir el poder, sino ocuparlo en su totalidad. Cuando el presidente de la Generalitat habla de crear Estado lo hace desde la presidencia de un fragmento de ese Estado, necesariamente compuesto, porque diversas son las naciones, identidades o sentimiento de pertenencia de sus ciudadanos; una presidencia que no le otorga todo el poder sobre su territorio, pero sí el suficiente como para aspirar a conquistarlo todo levantando la bandera de una nación, una identidad, una sola pertenencia.

Y es en este punto donde el entusiasmo de los intelectuales resultará decisivo, porque solo ellos podrán dar credibilidad a la gran mentira del nacionalismo: que la nación una, la identidad una y la pertenencia única son los fundamentos de la libertad.